

Prólogo

Mi agradecimiento a Philip y Sally Graves, Christopher Hawkes, John Knittel, Valentin Iremonger, Max Mallowan, E. M. Parr, Joshua Podro, Lynette Roberts, Martin Seymour-Smith, John Heath-Stubbs y los numerosos corresponsales que me han suministrado material y documentación para este libro; y a Kenneth Gay, que me ha ayudado a ordenarlo. Sin embargo, desde la primera edición publicada en 1948¹, ningún experto en irlandés o galés antiguo me ha ofrecido la menor ayuda para depurar mi argumento, ni ha señalado ninguno de los errores que han tenido que deslizarse en el texto, ni han acusado recibo de mis cartas. Estoy desilusionado, aunque no del todo sorprendido. El libro es de muy extraña lectura: pero, claro, una gramática histórica del lenguaje del mito poético nunca se había intentado hasta ahora, y para escribirla concienzudamente he tenido que hacer frente a «preguntas enigmáticas, aunque no fuera de toda conjetura», como las que sir Thomas Browne usa como ejemplo en su *Hydriotaphia*: «¿Qué canción cantaban las sirenas?, o ¿qué nombre adoptó Aquiles cuando se ocultó entre las mujeres?». Encontré respuestas prácticas y sin evasivas a estas y otras muchas preguntas de la misma clase, como:

¿Quién hendió el pie del Diablo?

¿Cuándo vinieron las cincuenta danaidas con sus cedazos a Britania?

¿Qué secreto estaba entrelazado en el Nudo Gordiano?

¿Por qué Jehová creó los árboles y las hierbas antes de crear el Sol, la Luna y las estrellas?

¿Dónde se encontrará la sabiduría?

Pero es justo advertir a los lectores de que este sigue siendo un libro muy difícil, así como muy extraño, y que deben evitarlo quienes posean una mente distraída, cansada o rígidamente científica. No he querido omitir paso alguno en mi laboriosa exposición, aunque solo sea porque los lectores de mis recientes novelas históricas se han mostrado un poco recelosos por ciertas conclusiones poco ortodoxas, la autoría de las cuales no siempre se citaba. Ahora, tal vez pueda satisfacerles saber que, por ejemplo, la fórmula mística del Ternero y los dos alfabetos de árboles que introduce en *Rey Jesús* no son «invenciones caprichosas» de mi imaginación, sino que han sido deducidos lógicamente de acreditados documentos antiguos.

Mi tesis es que el lenguaje del mito poético, en uso en el Mediterráneo y la Europa septentrional en la antigüedad, era un lenguaje mágico vinculado a ceremonias religiosas populares en honor de la diosa Luna, o Musa, algunas de las cuales datan de la época paleolítica, y que este sigue siendo el lenguaje de la verdadera poesía —«verdadera» en el sentido nostálgico moderno de «el original inmejorable y no un sustituto sintético». El lenguaje fue manipulado al final del período minoico cuando invasores procedentes de Asia Central comenzaron a sustituir las instituciones matrilineales por las patrilineales y remodelaron o falsificaron los mitos para justificar los cambios sociales. Luego vinieron los primeros filósofos griegos, que se oponían firmemente a la poesía mágica porque amenazaba a su nueva religión de la lógica, y bajo su influencia se elaboró un lenguaje poético racional (ahora llamado «clásico») en honor de su patrono Apolo, y se impuso en todo el mundo como la última palabra sobre la iluminación espiritual, opinión que prácticamente ha predominado desde entonces en las escuelas y universidades europeas, donde ahora se estudian los mitos solamente como reliquias pintorescas de la era infantil de la humanidad.

Uno de los que rechazaron con más intransigencia la mitología griega primitiva fue Sócrates. Los mitos le asustaban y ofendían; prefería volverles la espalda y disciplinar su inteligencia para pensar científicamente: «para investigar la razón de la existencia de todo —de todo tal como es, no como aparece, y para rechazar todas las opiniones que no se pueden explicar».

He aquí un pasaje típico del *Fedro* de Platón (traducido del latín por Cary²):

Fedro. Dime, Sócrates, ¿no fue de estos lugares de donde Bóreas, se dice, se llevó a la ninfa Oritía de las orillas del Iliso?

Sócrates. Eso dicen.

Fedro. Pero, ¿no sería aquí mismo? El agua de aquí se ve bellísima, clara y transparente, y propicia para los juegos de las doncellas.

Sócrates. No, fue más abajo, por lo menos dos o tres estadios, allá por donde cruzamos al templo de Diana Cazadora, y donde hay, en ese lugar exacto, una especie de altar consagrado a Bóreas.

Fedro. Nunca me di cuenta. Pero, por Júpiter, dime, Sócrates, ¿también tú crees que ese cuento fabuloso es cierto?

Sócrates. Si dudase, como hacen los sabios, no sería culpable de ningún disparate: recurriría a mi astucia y diría que un vendaval de Bóreas la precipitó desde los acantilados cercanos, cuando se estaba solazando con Farmacea, y que habiendo así encontrado su muerte, se dice que Bóreas se la llevó; o bien desde la colina de Marte, pues otros dicen que fue de allí de donde se la llevó y no de este preciso lugar. Por mi parte, Fedro, considero que estas explicaciones son agradables, pero son el terreno de un hombre muy hábil, muy concienzudo, y bastante infeliz; ya que después nos tendrá que explicar el aspecto de los hipocentauros y luego el de la Quimera; y luego se le echarán encima un raudal de gorgonas, pegasos y otras criaturas monstruosas e increíbles, tanto por su número como por su rareza. Y si nuestro incrédulo intentara aproximar a cada uno a la probabilidad de que exista, usando para este propósito una suerte de perspicacia vulgar, deberá disponer de mucho tiempo libre. Pero yo no dispongo del tiempo necesario para estas indagaciones; y la razón, amigo mío, es la siguiente: aún no he podido cumplir el precepto de Delfos de conocerme a mí mismo. Me parece ridículo, cuando aún no consigo esto, gastar mi tiempo en asuntos que no me incumben.

La realidad era que en la época de Sócrates el sentido de la mayoría de los mitos pertenecientes a la época anterior había sido olvidado o mantenido en un estricto secreto religioso, aunque todavía se conservaban pictóricamente en el arte religioso y seguían circulando como cuentos de hadas que citaban los poetas. Cuando se le invitaba a creer en la Quimera, los hipocentauros o el alado caballo Pegaso, todos ellos símbolos directos del culto pelásgico, un filósofo se sentía obligado a rechazarlos como improbabilidades zoológicas; y como no tenía idea de la verdadera identidad de «la ninfa Oritía» o de la historia del

antiguo culto ateniense de Bóreas, solo podía dar una absurda explicación naturalista de su rapto en el monte Iliso: «Sin duda el viento la precipitó desde los acantilados próximos y halló la muerte al pie de ellos».

Todos los problemas que menciona Sócrates han sido planteados en este libro y resueltos, por lo menos a mi satisfacción; pero aunque me considero «un hombre hábil, y concienzudo», no estoy de acuerdo en que yo sea un hombre más infeliz que Sócrates, o en que disponga de más tiempo libre que él, o que la comprensión del lenguaje del mito sea irrelevante para conocerme a mí mismo. Por el tono petulante de su expresión «perspicacia vulgar», deduzco que había pasado mucho tiempo preocupándose por la Quimera, los hipocentauros y lo demás, pero que «las razones de su existencia» le habían eludido porque no era poeta y desconfiaba de los poetas, y porque, como confesó a Fedro, era un urbanita convencido que raras veces iba al campo: «los campos y los árboles nada tienen que enseñarme, únicamente me enseñan los hombres». El estudio de la mitología, como demostraré, se basa firmemente en el conocimiento de los árboles y en la observación de la vida en los campos durante las distintas estaciones del año.

Sócrates, al dar la espalda a los mitos poéticos, en realidad se la daba a la diosa Luna que los inspiraba y que exigía que el hombre rindiese homenaje espiritual y sexual a la mujer: el llamado «amor platónico», la huida del filósofo del poder de la Diosa hacia la homosexualidad intelectual, era realmente el amor socrático. No podía alegar ignorancia: Diotima de Mantinea, la profetisa arcadia que puso fin mágicamente a la peste en Atenas, le había recordado en una ocasión que el amor del hombre tenía por objeto apropiado a las mujeres y que Moira, Ilitía y Calo —la Muerte, el Nacimiento y la Belleza— formaban una tríada de diosas que presidían todos los actos de la generación cualesquiera que fuesen: físicos, espirituales o intelectuales. En el pasaje del *Simposio* de Platón donde se describe el relato que hace Sócrates de las sabias palabras de Diotima, interrumpe el banquete Alcibiades, quien llega muy bebido en busca de un bello muchacho llamado Agatón y lo encuentra reclinado junto a Sócrates. Poco después Alcibiades cuenta a todos los presentes que él mismo incitó en una ocasión a Sócrates, que estaba enamorado de él, a un acto de sodomía del que, no obstante, el filósofo se abstuvo, quedando completamente satisfecho con toda una noche de castos abrazos a su amado y bello cuerpo. Si Diotima hubiese estado presente, al oír eso habría hecho una mueca y escupido tres veces en su propio pecho: pues aunque la Diosa, como Cibele e Ishtar, toleraba la sodomía incluso en los patios de sus propios templos, la homosexualidad ideal era un extravío moral mucho más grave —era

el intelecto masculino tratando de hacerse espiritualmente autosuficiente. Su venganza contra Sócrates —si puedo llamarla así— por tratar de conocerse a sí mismo a la manera apolínea en vez de dejar esa tarea a una esposa o una amante fue característica: le encontró como esposa una mujer de mal genio e hizo que él centrara sus afectos idealistas en aquel mismo Alcibíades, que le deshonró volviéndose vicioso, ateo, traidor y egoísta —la perdición de Atenas. La Diosa acabó con su vida con un filtro de cicuta³, planta de flores blancas y maloliente consagrada a ella bajo la advocación de Hécate*, que sus conciudadanos le dieron a beber como castigo por corromper a la juventud. Después de su muerte sus discípulos lo convirtieron en un mártir y, bajo la influencia de aquellos, los mitos cayeron en un desprestigio todavía mayor y terminaron convirtiéndose en temas de chistes callejeros o siendo «explicados» por Evémero de Mesene y sus sucesores como tergiversaciones de la historia. La explicación de Evémero del mito de Acteón, por ejemplo, es que era un caballero arcadio tan aficionado a la caza que le arruinó el mantenimiento de una jauría de sabuesos.

Pero incluso después de que Alejandro Magno hubiera cortado el Nudo Gordiano —acto de un significado moral mucho mayor del que generalmente se reconoce—, el antiguo lenguaje sobrevivió con suficiente pureza en los cultos místéricos secretos de Eleusis, Corinto, Samotracia y otras partes; y cuando los suprimieron los primeros emperadores cristianos, se siguió enseñando en los colegios poéticos de Irlanda y Gales y en los aquelarres de brujas de la Europa occidental. Como tradición religiosa popular casi desapareció a fines del siglo XVII; y aunque todavía ocasionalmente se escribe poesía de carácter mágico, incluso en la Europa industrializada, es siempre el resultado de una reversión inspirada y casi patológica al lenguaje original —un desenfrenado «don de lenguas» pentecostal— más que de un estudio concienzudo de su gramática y vocabulario.

La educación poética inglesa debería comenzar en realidad no con los *Cuentos de Canterbury*, ni con la *Odisea*, ni siquiera con el Génesis, sino con la *Canción de Amergin*, un antiguo calendario-alfabeto celta que se encuentra en diversas versiones irlandesas y galesas deliberadamente tergiversadas y que resume brevemente el mito poético por excelencia. He intentado restaurar el texto como sigue:

Soy un venado: *de siete puntas*,
soy una inundación: *a través de una llanura*,

* Como sabía Shakespeare. Véase *Macbeth*, IV, i, 25.

soy un viento: *sobre un lago profundo,*
 soy una lágrima: *que el Sol deja caer,*
 soy un halcón: *sobre el acantilado,*
 soy una espina: *bajo la uña,*
 soy un prodigio: *entre flores,*
 soy un mago: *¿quién sino yo*
inflama la cabeza fría con humo?

Soy una lanza: *que ruge ávida de sangre,*
 soy un salmón: *en un remanso,*
 soy un señuelo: *del paraíso,*
 soy una colina: *por donde andan los poetas,*
 soy un jabalí: *despiadado y rojo,*
 soy una gran ola: *amenazando perdición,*
 soy una marea: *que arrastra hacia la muerte,*
 soy un niño: *¿quién sino yo*
atisba desde el arco sin labrar del dolmen?

Soy el vientre: *de todo soto,*
 soy el fuego: *en cada colina,*
 soy la reina: *de cada colmena,*
 soy el escudo: *para cada cabeza,*
 soy la tumba: *de cada esperanza*⁴.

Es de lamentar que, a pesar del fuerte elemento mítico que contiene el cristianismo, la palabra «mítico» haya llegado a significar «fantástico, absurdo, no histórico», pues la fantasía desempeñó un papel insignificante en la evolución de los mitos griegos, latinos y palestinos, o de los mitos celtas hasta que los *trovères* franconormandos los convirtieron en irresponsables novelas de caballería. Todos los mitos son anotaciones serias de costumbres o acontecimientos religiosos antiguos, y son tan dignos de confianza como la historia una vez que se comprende su lenguaje y se tienen en cuenta los errores en la transcripción, las malas interpretaciones de un ritual obsoleto y los cambios deliberados hechos por razones morales o políticas. Por supuesto, algunos mitos han sobrevivido en una forma mucho más pura que otros; por ejemplo, las *Fábulas* de Higino, la *Biblioteca* de Apolodoro y los primeros cuentos de la *Mabinogion*

galesa son de lectura fácil en comparación con las crónicas engañosamente sencillas del Génesis, Éxodo, Jueces y Samuel. Tal vez la mayor dificultad para resolver los complejos problemas mitológicos consiste en que:

Los dioses vencedores sus títulos toman
de los enemigos a los que hacen cautivos,

y en que conocer el nombre de una deidad en cualquier lugar o período es mucho menos importante que conocer la naturaleza de los sacrificios que luego se le ofrecían. Los poderes de los dioses eran redefinidos continuamente. El dios griego Apolo, por ejemplo, parece haber comenzado como un demonio de una hermandad del Ratón en la Europa totémica prearia: poco a poco fue subiendo de categoría divina por la fuerza de las armas, extorsiones y fraudes, hasta que llegó a ser el patrón de la Música, la Poesía y las Artes y, finalmente, en algunas regiones al menos, desposeyó a su «padre» Zeus de la soberanía del universo identificándose con Belino, el intelectual Dios de la Luz. Jehová, el Dios de los judíos, tiene una historia aún más compleja.

«¿Cuál es la utilidad o la función de la poesía en la actualidad?» es una pregunta no menos dolorosa aunque la hagan con insolencia tanta gente estúpida o la respondan con disculpas tanta gente necia. La función de la poesía es la invocación religiosa de la Musa; su utilidad es la experiencia de una mezcla de exaltación y de horror que su presencia suscita. ¿Pero y «en la actualidad»? La función y la utilidad siguen siendo las mismas; solo ha cambiado la aplicación. En un tiempo esta era una advertencia al hombre de que debía mantenerse en armonía con la familia de criaturas vivientes entre las cuales había nacido, mediante la obediencia a los deseos del ama de casa; ahora es un recordatorio de que no ha tenido en cuenta la advertencia, ha puesto la casa patas arriba con sus caprichosos experimentos en la filosofía, la ciencia y la industria y se ha arruinado a sí mismo y a su familia. «En la actualidad» es una civilización en la que se deshonran los principales emblemas de la poesía. En la que la serpiente, el león y el águila pertenecen a la carpa del circo; el buey, el salmón y el jabalí, a la fábrica de conservas; el caballo de carreras y el galgo, a las casetas de apuestas, y el bosque sagrado, al aserradero. En la que la Luna es menospreciada como un apagado satélite de la Tierra, y la mujer, considerada «personal auxiliar del Estado». En la que el dinero puede comprar casi todo menos la verdad y a casi todos menos al poeta en posesión de la verdad.

Llamadme, si queréis, el zorro que ha perdido la cola; no soy sirviente de nadie y he decidido vivir en las afueras de una aldea de montaña de Mallorca, católica pero anticlerical, donde la vida se rige todavía por el viejo ciclo agrícola. Sin mi cola, o sea, sin mi contacto con la civilización urbana, todo lo que escribo se leerá perversa e impertinentemente por aquellos de vosotros que estáis todavía engranados a la maquinaria industrial, ya sea directamente, en calidad de obreros, administradores, comerciantes o publicitarios, ya indirectamente, en calidad de funcionarios públicos, editores, periodistas, maestros de escuela o empleados de una empresa de radiodifusión. Si sois poetas, os daréis cuenta de que la aceptación de mi tesis histórica os compromete a una confesión de deslealtad que estaréis poco dispuestos a hacer; elegisteis vuestros trabajos porque prometían proporcionaros un ingreso seguro y la oportunidad de prestar a la Diosa que adoráis un valioso servicio a tiempo parcial. Os preguntaréis quién soy yo para advertiros de que ella exige un servicio de jornada completa o nada en absoluto. ¿Y acaso os sugiero que renunciéis a vuestros trabajos y, por falta de capital suficiente, os establezcáis como pequeños arrendatarios u os convirtáis en pastores románticos —como hizo Don Quijote cuando no pudo ponerse de acuerdo con el mundo moderno— en remotas granjas no mecanizadas? No, mi falta de cola me impide hacer cualquier sugerencia práctica. Solo me atrevo a hacer una exposición histórica del problema; cómo os las arregláis con la Diosa, no es asunto mío. Ni siquiera sé si os tomáis en serio la profesión de poeta.

R. G.

Deià, Mallorca, España

Notas del traductor

¹ Graves usa aquí la fecha 1946.

² *Plato* by Henry Cary (1915). El texto se ha retraducido desde esta traducción al inglés, ya que las traducciones directas del latín al castellano no se ajustan a las versiones directas al español.

³ *Hemlock* = *Conium maculatum* = cicuta.

⁴ «*Amergin's Charm*», poema reconstruido de textos irlandeses y galeses medievales. Para el texto original en inglés, véase el Apéndice II.